MENDÉ



BIO ESFERA

BIO ESFERA

Por Ale Mendé

© [Año] — Alejandra Mendé
Título: *BIOS ESFERA*
Texto e ilustraciones: *Alejandra Mendé*

Todos los derechos reservados.

Esta obra —incluyendo su texto y sus ilustraciones— es una creación original de su autora, inspirada en una serie de dibujos realizados por ella misma. Texto e imágenes conforman una unidad expresiva indivisible.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio (físico, digital, mecánico, electrónico, fotocopia, grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación de información), así como su distribución, comunicación pública, adaptación, traducción o transformación, sin la autorización expresa y por escrito de la autora.

Se permite la cita breve en contextos académicos o críticos, siempre que se mencione explícitamente la fuente y la autoría.

La autora se reserva los derechos morales sobre la obra, en particular el derecho al reconocimiento de su autoría y al respeto por la integridad de la misma.

Legislación aplicable: *Ley 11.723 de Propiedad Intelectual (República Argentina) y tratados internacionales suscriptos por el país.*

Contacto para autorizaciones: *literaturas.org*

los cuerpos guardan palabras y fragmentos de otros cuerpos, de todos los cuerpos que se han ido.

— Maíza





La vi por primera vez en el patio de mosaicos, donde las luces y sombras marcan la línea de nobles y la de peones. Ilumina un pequeño pedazo del damero donde blanco y negro, desenmarca lo preciso. El sol está cayendo y cae, pero el aire se vuelve denso, definitivo.

No sé bien cómo llega. Algunos dicen que rebotó en una piedra antigua del castillo y rodó hasta detenerse frente a mí. Yo solo sé de su transparencia. Esta esfera es suave y tibia al tacto. Cuando apoyo la mano sobre ella, mi cuerpo se disuelve en un movimiento circular sin fin, como si algo más que mi piel estuviera tocándola. Hay humedad, una especie de aliento vegetal y una marca sepia o tinta que expulsa la jibia para huir, y que los antiguos calígrafos molían para escribir.



"Tiene olor a verdín", digo en voz baja, y me sorprende la certeza. Porque huelo como a incienso húmedo, deliciosa resina que los árboles del desierto exudan en lágrimas, y que en Egipto valía más que el oro. Me parece, entonces, que la piedra y la esfera se alimentan mutuamente. Una le da su tiempo, la otra su forma. Y los perfumes, ay, esos perfumes.

La esfera también exuda. No solo la piedra, no solo el incienso. Hay en ella un aliento vegetal que no se seca, una humedad que no termina de irse. Como si todo lo que ha quedado, ya sea tinta, resina o verdín, siguiera derramándose en lágrimas que ya no caen, sino que impregnan.

1

Hay mucha gente alrededor: amigos, parientes, vecinos. Sus voces llenan el aire, pero yo las siento cada vez más lejanas. No es que se han ido, sino que mi cuerpo se retira hacia un centro más íntimo. La tarde envuelve mi soledad. El mundo parece apagarse mientras yo despierto.

Es un reconocimiento extraño: mi pantorrilla hablándole al codo, el hombro izquierdo sintiendo la espalda. El cuerpo entero empieza a dialogar desde los bordes hacia dentro, desde la periferia hacia un núcleo secreto. No de la cabeza a los pies, sino al revés. Todos los átomos conversan, como si quisieran contarme que yo soy más que una sola cosa en el mundo. Y en el centro vibran palabras perdidas, nombres antiguos, memorias y bestiarios, imágenes donde cada animal es real y fabuloso, presencias arcaicas venidas de lo más remoto de la vida.

En la transformación, el mundo, con sus síntomas y sus excesos, es ahora sereno en su pluralidad. Hay voces que dibujan una multitud en los tejidos y la sangre. Genealogías del deseo que irrumpen vestidas de azul verdoso o dorado. ¡Cuántos amores fueron necesarios para que llegara a este día! Cuánta urgencia vital latiendo desde las generaciones más lejanas hasta las más próximas. Hay en mí una mezcla vertiginosa de cultura y trauma, de azar biológico y sincronía íntima.

Eusebio, Francisca, Juliana, Bernardo… nombres que se tocan apenas en el acto de crear una vida, como si sus cuerpos, desde el inicio del tiempo, se hubieran buscado solo para engendrar conciencia. Un joven inexperto. Una mujer desdichada. Marion. Se encontraron justo en ese cruce donde el deseo y el destino no saben si de ser lo mismo, son un nombre nuevo. Yo, también, nací en un acto súbito, en una esquina cualquiera del mundo. No hay nada de natural en ese nacer.

Hay una danza compleja de coincidencias, de errores y pasiones que nos dan un presente. Como si el porvenir ya estuviera sembrado de consecuencias humanas, aún antes de que supiera qué es vivir. La esfera sigue ahí. No sé qué pensar, pero su presencia me empuja. Es lo bastante grande como para rodearla con los brazos, apoyarme en ella con el torso y girar. Al principio, con timidez. Luego, con una entrega salvaje, como si el cuerpo supiera un juego antiguo que yo apenas puedo recordar. No hay reglas, ni turnos, ni miedo al error.



2

Giro. Me vuelco. Me deslizo. La burbuja es ahora de aire y rechaza lo externo. Me sostiene en su centro. Y así, entre brincos y roce de piel, aparece otra memoria. Una más austera. Más primordial. Es algo que viene de mucho antes que existiera el lenguaje.

Llega trayendo noticias de un dios que escribió jeroglíficos en la literatura secreta de la tierra. La tierra escribe sus memorias. En capas, en fósiles, en montañas.

Antes del grito. Antes de que el llanto del recién nacido sea domesticado por la cultura, antes de que esos detritos sean negados, olvidados, desechados.

No se trata de distinguir, sino de sentir los hilos subterráneos que unen la lengua de los dioses, de los héroes y de los hombres.

Las mujeres y la Tierra, están vivas y todo lo saben. Miran con un ojo de amor y otro de escándalo. No sufren cuando caen los relojes, porque en el fondo está la huella de los que vinieron antes y los que vendrán en vientres.

La esfera roza uno de mis muslos y algo cambia bajo mi cintura. El cuerpo se encabrita. Y detrás de los arcos del castillo, el paisaje se quiebra en rocas y columnas montañosas. Soy parte de esos altares. montañas. Ofrenda y templo, donde el cielo y la tierra se tocan.

Soy un animal en ascenso. Salto a las montañas. Más alto, siempre más, sigo el llamado de las nubes y les llego. Acá arriba, la línea del horizonte se ondula y pierde su pretensión de rectitud. De pico en pico, brincan mis piernas y se aferran en los bordes del precipicio como si siempre hubiera sabido ser de altura. La noche está más cerca. Las estrellas cuelgan y la luna llena es como una fruta madura, lista para ser cosechada. La toco casi con los dedos. Ando acariciándola entre peñascos como si no existiera el tropiezo.

Cerca del abismo, mis patas se inclinan y grito fuerte, solo para oír cómo mi voz rebota en las laderas, multiplicada. El descenso es una danza. Las rodillas dobladas, cada tramo más amplio, cada salto más arriba. Desde lo alto hasta el descanso, del descanso al piso, del piso al centro de la Tierra. Y al final del descenso, la fuente. Agua clara en la terraza de baldosas. El corazón latiendo. Los guijarros ruedan hacia el río seco como si quisieran volver a la lluvia. Todo es sangre, músculo, memoria.



3

Y entonces, algo más: en mis patas de llama, de chivo, de corredor de alturas, aprendo la diferencia entre caer en vertical con ese vértigo. Me entrego a la gravedad sin resistencia.

O me dejo rodar mientras le cuento mi vida a la pendiente, en esa danza que no se rinde, que se adapta a cada piedra, a cada desnivel, como si el terreno mismo me enseñara su coreografía. Entre danzar con la piedra o derrapar. La esfera se desinfla.

Cae al suelo como una flor vencida que ya no sostiene su tallo, que se rinde a su propio peso, que entrega su forma al suelo sin resistencia. Y siento que el sueño me reclama. Un sueño animal. Un sueño húmedo. Y el agua regresa. No como metáfora, sino como cuerpo, luz y sonido. Lluvia, tormenta, rayo, trueno. La fuente desborda su caudal y, con cada gota, la esfera aumenta su volumen, ahora líquido. Siento mis músculos humedecerse, mis poros dejan salir un vello espeso. Pelaje mojado y cansancio.

Una piel batracia. Verde. Fría. Vibrante. Me tiro de un salto a la fuente y estoy de regreso a una verdad más elemental. Me gusta croar. Sentir que tengo lengua y canto para despabilar o trepanar esas cabezas hinchadas de modorra. Ese sopor que no es sueño sino olvido, ese dormir que no descansa sino que adormece la conciencia. Mientras los hombres sueñan en la siesta, yo canto por encima de la tempestad. Mientras los ahogados del mundo luchan en su corriente, yo veo las transparencias del agua: entre juncos, entre piedras, esta claridad inesperada.

Sin diques. Sin freno. El agua corre y arrulla, para existir, como si su curso fuera la única ley que conoce. Y desde abajo, desde ese mundo húmedo y sin pudor, hay algo. El mundo visto desde abajo tiene otra verdad. No la de la corteza del árbol que protege y oculta la savia, sino la que se vuelve cantarina en su pureza.

Fluido que circula, que nutre. Madera o ser. Y yo, batracio, brinco por las zanjas del desorden vegetal, con una pata para cada lado.

En mis células, la memoria de todos los caminos —cada forma que he habitado, cada piel que he vestido, cada errancia que fue canto, que fue cuerpo. En esa forma de existir.



4

¡Alas! Me crecen alas. No grandiosas ni gloriosas, sino alas de ciudad: cortas, útiles, manchadas. Aprendo a volar bajo, cerca de los granos que da la tierra, y también alto, para escapar de las miradas de los hombres.

Soy paloma ,diosa del amor, o figura del Espíritu Santo. Dejen entonces que los niños vengan a mí y me persigan en la plaza.

Soy una criatura urbana. Sé del basurero, del buen vecino que tira migas y del abuelo que ofrece maíz desde su pantorrilla.

Mi actitud es parte de una larga historia de plumas, de cornisas, de techos. Disfruto la risa de los inocentes. Soy de ésta comunidad invisible que anida en los bordes, la de los que no ocupan el centro pero lo rodean, la de los que saben de cornisas y de migas. Aprendo en cada vuelo una diagonal, una trayectoria que no es recta ni curva, una tercera vía que esquiva. Para ese día triunfal en el que lleve un olivo en el pico.

Me poso siempre en el mismo lugar, como si el hábito fuera la forma de resistir el olvido. No sé de infancias, pero si de alturas y bordes. Y me pregunto: ¿por qué no hay castillos sin palomar? Tal vez, porque el poder necesita siempre un espacio para lo pequeño, para lo que no manda pero habita.

Me contaron que hay muros ásperos, fosas, dragones guardianes de tesoros que solo los héroes pueden enfrentar. Arpías o figuras de viento y castigo, que roban lo que no les pertenece. No los vi. Solo conozco estas piedras apiladas por hombres, para defenderse de otros hombres, o de sí.

Y yo, paloma, soy este pequeño animal mitológico que guarda los tesoros de los marginales: los restos, el pan viejo, los trapos. Lo que otros desechan y yo convierto en morada.

Debo, igual, decir con buen tino, que solo estoy para servir al rey , mi cuerpo se entrega a cambio de protección y la obediencia se vuelve hábito. Pero no estoy muy segura de a quién sirvo, ni de si el rey sigue siendo rey, o solo una figura que se repite en la piedra.

5

Hasta que tuve que hablar.

Y tengo que decir lo que me pasa con la esfera. Con todas estas transformaciones. Con cada paso en falso y en verdad. Y aunque no espero comprensión, expongo mis razones y a ellas me remito.

Había cuatro motivos para que su majestad reconsiderara su lógica: la avaricia, la gula, la ira... y una más, la más peligrosa de todas. La acidia, palabra que los monjes usaban para nombrar el cansancio del alma, ese vacío que no duele pero que seca, que no es rebeldía sino abandono. El pecado de los que se dejan estar sin hacer nada, de los que olvidan la voluntad del ser y se entregan a los días más oscuros por los que la vida pasa sin razón, sin deseo, sin queja.

Ese vacío que seca el alma mientras uno sigue obedeciendo. Por eso, no quiero más globos de regalo, no quiero esas ofrendas que se inflan para luego desinflarse, que se regalan porque sí, que no pesan ni comprometen.

Prefiero, el buen ángel de la vida, con su protección genuina. El que me acompaña en las tinieblas. Esa luz que no se deja confundir con las mentiras de aquellos que, presos de la acidia, se cuelgan de la voluntad de mi vuelo, de mi cuerpo, de mi labor.

Porque yo, paloma mitológica, sé volar en lo oscuro buscando el calor del sol. Y, el ángel me sigue con su mirada que no se rinde, siempre a mi lado.

Doy todo: tuve cuerpo de vasallo, de animal con pezuña, con piel verdosa y pluma. Tuve contextura de árbol y compañía angelical. ¿Qué más puedo ofrecer a un señor tan insaciable?



6

Las cosas son como son, digo yo. Esta es una verdad encarnada, aceptación estoica de lo que no se puede cambiar.

Pero también la esfera hizo lo suyo. Sus movimientos nos permiten entender que no hay reino más grande que el cuerpo que se imagina. No solo el que se ve, sino el que puede ser. La imaginación no como evasión, sino como ampliación de lo real. Porque la piel es límite y es umbral, y hay que poder salir de uno mismo, esa metamorfosis, es la empatía más radical.

Y al verme, sé que no hay reino más grande que el cuerpo que se imagina, y que no hay forma de comprender si no te pusiste en otra piel.

Otros libros de Ale Mendé

en literaturas.org

- Cinco minutos antes de la eternidad *Ensayos sobre el tiempo, la máquina y la especie*
- Juliana (o las vicisitudes del fuego) *Novela*
- Maíza *Novela*
- Letras Cardinales *Novela*
- Otilia no vela política *Novela*
- Canto Natural *Poesía*
- Escrituras *Lectura y escritura*
